

**Fernández, Víctor Manuel**

*Reeducar a la clase media*

Revista Criterio, N° 2279, Febrero 2003

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

FERNANDEZ, Víctor Manuel. *Reeducar a la clase media* [en línea]. *Criterio*, 2279 (febrero, 2003)  
<http://www.revistacriterio.com.ar/sociedad/reeducar-a-la-clase-media/> Disponible en:  
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/rectorado/reeducar-clase-media-victor-fernandez.pdf> [Fecha de consulta:.....]

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

## Reeducar a la clase media

por **Fernández, Víctor Manuel**

Los argentinos siempre nos hemos gloriado de tener una clase media mejor educada y más civilizada que el resto de los países latinoamericanos. Yo mismo escuché esa apreciación en México, Colombia y España, y reconozco que sonreí complacido.

También dialogué muchas veces con amigos filósofos, sociólogos y economistas, que frecuentemente culpaban de los males argentinos a los pobres, que no tienen ni educación suficiente ni cultura del trabajo. Si bien el drama del desempleo ya relativizaba este argumento, la ignorancia y la vagancia de los pobres seguía presentándose como una de las principales causas de las fragilidades de la economía nacional.

Pero esta última crisis que nos azota ha echado por tierra tal argumentación y nos ha obligado a poner los ojos sobre nuestra tan bien mentada clase media.

Los políticos, banqueros, empresarios y jueces que tanto tienen que ver con la tremenda confusión y el desaliento que nos embargan, no son precisamente pobres, y además son mayoritariamente profesionales. Es más, muchos de ellos son abogados, de manera que no son precisamente ignorantes de las leyes y de las normas de convivencia social. En este caso, ni su situación económica ni sus conocimientos han aportado demasiado.

Por otra parte, los obispos han manifestado claramente que los resultados de la primera etapa del Diálogo han sido decepcionantes, ya que los distintos sectores han sido incapaces de establecer una relación y de ofrecer renunciamentos reales en orden al bien común.

Todos los sectores (ahorristas, sindicalistas, banqueros, inmobiliarias, etc.) han centrado su mirada, su grito y su empeño en salvarse a sí mismos sin pensar comunitariamente. Nunca en las últimas décadas hubo movilizaciones para reclamar por los derechos de los pobres como las que ha realizado la clase media desde diciembre de 2001 para defender sus propios derechos. Y se ha llegado a la situación grosera y tragicómica de aparecer golpeando la cacerola, uno junto al otro, alguien que pedía que su alquiler fuera pesificado y otro que reclamaba que se le pagara en dólares.

Finalmente, recordemos que nos hemos encontrado en los últimos años con esta sorpresa: los asaltantes y criminales ya no son sólo los pobres desesperados, sino que las bandas delictivas también están compuestas por personas educadas, muy bien vestidas y algunas hasta residen en lujosos *countries*.

Ha caído entonces el sofisma que asociaba el civismo, la honradez y la cultura social a la posición económica y a los conocimientos. Bien han señalado los obispos en *La Nación que queremos*: conocer los valores no es suficiente para reconstruir la Nación. De hecho, no siempre cumplen la ley los que mejor la conocen. Es más, quienes conocemos y predicamos los valores del Evangelio no siempre los encarnamos en nuestro compromiso social.

Todo lo dicho nos permite advertir que es indispensable precisar mejor qué queremos decir cuando afirmamos que no habrá futuro sin educación. Hay que explicar cada vez mejor de qué estamos hablando cuando decimos educación, para evitar nuevas confusiones y engaños.

Ya enseñaba San Buenaventura que el paso del conocimiento a la vida no es instantáneo, sino que requiere un determinado ejercicio que lo haga posible. Sabemos también que tampoco se crece en la vida de la gracia sin un determinado ejercicio de buenas obras. Es más, los conocimientos sin el ejercicio de los valores pueden provocar el autoengaño de creer que uno es mejor que los demás sólo porque sabe expresar bien determinadas cosas, ocultándose a sí mismo sus malas acciones e inclinaciones: El conocimiento que no se completa en una obra buena, no es útil sino dañino. De allí brota la vanidad que lleva a despreciar a otros (Buenaventura, Sept. Don. 4, 18; Hex. 18, 3).

Tampoco cualquier instrucción religiosa hace milagros. De hecho, no han sido mayoritariamente los pobres los que han asistido frecuentemente al culto dominical y han escuchado cientos de homilias, o los que se han formado en nuestros colegios católicos. Los obispos han reconocido en *La Nación que queremos* que si la labor educativa de la sociedad y de la Iglesia no pudo hacer surgir una Patria más digna es porque no ha logrado que los valores se encarnen en compromisos cotidianos.

Es apremiante, entonces, replantear la educación como promoción de la vida virtuosa: una educación que no se oriente tanto a dar a conocer leyes civiles o morales, sino que motive adecuadamente a valorar las grandes virtudes sociales, que despierte el atractivo y la pasión por la vida virtuosa. El objetivo último de la educación debería ser que los valores sociales se conviertan en una red cultural, en un entretrejo de actitudes comunitarias que penetre la cultura de la clase media. De manera que cualquier niño que nazca en esa cultura adquiera espontáneamente un modo de vivir en sociedad donde se aborrezca y se rechace como por instinto toda injusticia, corrupción o individualismo, y donde se esté dispuesto al sacrificio por el bien.

Hay en nuestra sociedad, tanto en los pobres como en la clase media, un substrato de valores que no desaparece. Esto no puede ser ignorado en ningún proyecto educativo que pretenda tener en cuenta al ser humano real y partir de su propia vida. Se nos presenta entonces el urgente desafío de estimular, a partir de ese *humus* precioso, el desarrollo de un culto a la verdad, un gusto por la belleza y una pasión por el bien común. Esperemos no llegar tarde una vez más.

Ciertamente, hará falta creatividad para lograr un mínimo de eficacia en este propósito. Pero también será necesario que los mismos agentes pastorales, desde los obispos hasta los catequistas, entremos en esta dinámica de reeducación. Porque todo bien se difunde. Y nadie ignora que en nuestras comunidades eclesiales, y en cada uno de nosotros, anidan muchas formas de corrupción y muchos hábitos contrarios al bien común. La Iglesia, llamada a desarrollar una importante labor educativa, también está llamada a reeducarse permanentemente.